

OLIENDO A PUEBLO.

Introducción. Los sentidos son la puerta que nos permite acceder a la realidad, los cinco regalos que nos abren al mundo, tanto de las personas, como de los acontecimientos, como para acceder a la fe y a la experiencia de descubrir la cercanía de Dios. La vista nos ayuda, a reconocer el entorno que nos rodea, su belleza, su orden, su armonía. Y al mismo tiempo, los sufrimientos y los dolores de una humanidad sufriente que nos llama al compromiso, y a la compasión. El oído nos permite diferenciar las voces, los tonos, reconocemos por la voz, qué persona nos está llamando, nos acerca a la música en toda la riqueza y variedad que nos envuelve. El tacto nos acerca al otro, nos da calor, nos transmite vida, nos permite con gestos expresar lo que las palabras muchas veces no saben decir. Un abrazo, una caricia, traspasan la piel, y nos acercan al alma. El gusto convierte algo cotidiano y repetitivo como es alimentarse y nutrirse, en una fiesta, en un placer, en un motivo para reunirse en torno a unas buenas viandas y unos sabrosos caldos.

Por ser tan cotidianos y normales, a veces no valoramos nuestra forma de acceder al conocimiento, a la realidad, a través de los sentidos. Los apreciamos cuando los perdemos. Y a veces ya es demasiado tarde. Acompañando procesos de personas que pierden la vista, o la movilidad, con enfermedades degenerativas, el quedarnos sordos, ciegos, mudos, es una de las muestras más claras de la vulnerabilidad de lo humano. Somos auténticas obras de arte y es una verdadera tristeza no darnos cuenta de ello. Vivir en la ignorancia práctica del valor y de la dignidad que compartimos es una de las principales causas de tristeza y de insatisfacción.

Esta semana predicando una misa a los niños de primera comunión de mi parroquia les puse el ejemplo de un cuadro de Goya, y me ponía en la piel del pincel. Sería absurdo que se apropiara del resultado del cuadro. El pincel es importante, es necesario, pero es sólo una parte del milagro del cuadro. Lo importante está en la inspiración del artista, en la intuición en su mente, que sólo cuando se pone con humildad manos a la obra, logra convertirlo en una realidad que se puede compartir, que se puede mostrar, que se puede enseñar. Yo siento que soy como ese cuadro de Goya, el artista es nuestro Dios, y los pinceles que utiliza para realizar esa obra son muy variados. Son las personas que a lo largo de nuestra vida nos han ido dando forma, nos han modelado. Somos el amor y el cariño de nuestros padres, hermanos, abuelos. Somos los amigos que hemos tenido, también somos las decepciones, las caídas, los errores y la experiencia adquirida que da el fracaso.

Lo que Dios nos dice. *“Cuando Israel era niño, lo amé, y desde Egipto llamé a mi hijo. Cuanto más los llamaba, más se alejaban de mí: ofrecían sacrificios a los Baales y quemaban ofrendas a los ídolos. Yo enseñé a andar a Efraín y lo llevé en mis brazos, y ellos sin darse cuenta de que yo los cuidaba. Con lazos de amor los atraía, con cuerdas de cariño. Fui para ellos como quien alza una criatura a las mejillas; me inclinaba y les daba de comer.” Os 11,1-4.*

Hay mucha ternura que se escapa por cotidiana, por normal, por gratuita. Sólo unos ojos de artista, descubren la flor en medio del fango. Los ojos de un experto reconocen en medio de un mercadillo, una joya, o una obra de autor de gran valor. El artista por excelencia es Jesús que es capaz de descubrir en un templo abarrotado de gente, un gesto mínimo, una presencia casi invisible. Una anciana, viuda, mostrando una generosidad que a Jesús le estremece.

“Alzando la vista observó a unos ricos que echaban sus donativos en el arca del templo. Observó también, a una viuda pobre que echaba dos monedillas; dijo: Os aseguro que esa pobre viuda ha puesto más que todos. Porque todos éstos han echado donativos de lo que les sobra; ésta, aunque necesitada, ha echado cuanto tenía para vivir.” Lc 21,1-4.

Y la forma de mirar de Jesús es la que podemos aprender a tener. Vivir apasionados por lo humano, por los humanos, descubriendo en ellos las huellas imborrables de su artista creador. Lo humano y lo divino se han abrazado y ya nunca se van a separar. Sólo un olfato de experto, es capaz de reconocer la esencia, la fragancia, que nos transporta a lugares, a personas, y a momentos de nuestra historia cargados de vida y de amor. Yo tengo olores grabados en la memoria. Uno es el olor a pueblo, a mi pueblo, a frío, a humo de chimenea, a leña vieja ardiendo, que posibilita el calor, la cercanía, el hogar. Y ese olor de leña me lo llevo puesto, en mi ropa, el humo que se vuelve el propio aroma.

La fe cada vez se convierte en mi vida en el reconocimiento, en medio de lo que vivo, de la presencia, de la compañía, de los pasos que me guían de un invisible compañero. Los sentidos, la corporalidad, nuestra dimensión más sensible, nos ayudan a descubrir el amor de lo invisible. Las huellas de Dios, somos capaces de reconocerlas a través de los gestos, de las palabras, que se vuelven experiencias. Una fe que se aloja sólo en la mente, en lo racional, y no desciende a las dimensiones de lo emotivo, de lo histórico, de mis días, de mis decisiones, de mis deseos, es una fe no real. No es la experiencia de Dios que nos ofrece Jesús. La confianza de poner toda nuestra vida en manos de Dios, supone que le conocemos, que le tratamos, que le escuchamos. El Dios reconocible en los lirios del campo, en lo pájaros del cielo, en la sonrisa de un niño, en la experiencia de un aciano. En el olor a chimenea ardiendo, a hoguera, a calor, a familia.

Cómo podemos vivirlo. La navidad es la máxima expresión del deseo de Dios de acortar la distancia respecto a lo que vivimos los humanos. A Dios le preocupamos, le afecta nuestra falta de vida, nuestra mediocridad. Que Dios se haga hombre, que la palabra se haga carne, supone que lo humano es digno de lo divino. Capaz de acoger la máxima expresión de la entrañable compasión y misericordia de Dios. Por eso nos podemos felicitar de ser lo que somos. No dejando espacio a la tristeza, a la culpabilidad, sino reconociendo la grandeza de nuestras vidas cuando las miramos con la mirada de nuestro Dios.